

LA PRUEBA ONTOLOGICA DE RAMON SABUNDE
(¿-1436)

CARLOS MELLIZO

INTRODUCCIÓN

Suelen los historiadores de la filosofía referirse a la prueba ontológica de la existencia de Dios según las formulaciones ya clásicas de SAN ANSELMO, DESCARTES y LEIBNIZ, incluyendo a veces, aunque generalmente de modo tangencial, las de SAN BUENAVENTURA (1221-1274) y DUNS ESCOTO (1266/74-1308). Un largo paréntesis de tres centurias, paréntesis que se extiende desde el siglo XIII al siglo XVII, separaría, según esto, los argumentos ontológicos de la filosofía medieval, de su reivindicación cartesiana. Es tarea del historiador juicioso prescindir de los tratamientos secundarios de toda cuestión filosófica, si están ya subsumidos en otros de mayor penetración e importancia. Pero resulta en este caso sumamente improbable, y, a la postre, falso, afirmar que la prueba ontológica —quizá como resultado del enorme prestigio concedido a su refutación tomista— dejara de ser tema de discusión en el orden de la teología natural, hasta bien entrada la edad moderna.

Teniendo en cuenta la singular difusión que disfrutó en su día el *Liber Creaturarum* del barcelonés R. SABUNDE, es difícil pensar que los planes e intención de la obra no hiciesen de ella predilecta lectura del autor de las *Meditaciones*. De hecho, el tomo de las pruebas sabundeanas tiene más de anuncio precartesiano que de simple eco a los argumentos de ANSELMO. Y aunque su idea matriz pudiera haberse originado en el célebre *Proslogio*, no cabe duda de que el desarrollo de la misma posee incontestables aires de novedad.

Todo el peso del argumento y de sus ramificaciones recae en lo que el propio SABUNDE califica de «regla certísima para el hombre, que es el fundamento más firme para conocer sin dificultad todo aquello que debe atribuirse a Dios de un modo necesario». Después de establecer la diferencia radical que separa al hombre de las demás criaturas, una diferencia que estriba en el hecho de que el hombre es capaz de entender, pensar y desear (*per potestatem intelligendi et cogitandi et desiderandi*), SABUNDE deja en claro la orientación imanentista de la prueba, al advertirnos que ésta no va a construirse a partir de la observación del mundo exterior, sino mediante un proceso introspectivo que se limite a contemplar los propios contenidos de conciencia.

Tal regla resulta ser un ensayo de formulación de la prueba misma.

Dice SABUNDE:

La regla que radica en el hombre es ésta: que Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, o lo que es lo mismo, que Dios es lo mayor que puede pensarse, y que es mayor ser que no ser. Por lo tanto, lo que el hombre pueda pensar como lo más perfecto, lo óptimo, lo más noble y lo más alto, eso es Dios.

Hay en este primer enunciado dos elementos que lo asemejan al argumento anselmiano del *Proslogio*: el carácter apriorístico de la prueba, y la implicación, obvia en el contexto, de que Dios existe porque es mejor ser que no ser. O, en otras palabras, la toma de postura que afirma que la existencia es una perfección.

Norman MALCOLM, en su conocido estudio sobre los argumentos de SAN ANSELMO, califica de *extraña* esa doctrina según la cual la existencia de una cosa puede considerarse como perfección suya. Si, como el propio MALCOLM insinúa, sus observaciones se limitan a repetir la objeción de KANT, i. e., que la existencia no es un predicado real, son dichas observaciones de expresión poco afortunada y llevan a pensar que entre ellas y la crítica kantiana apenas si hay algo de común¹. Sólo cabe aquí decir que MALCOLM parece

1. Cf. N. MALCOLM, «Anselm's Ontological Arguments», incluido en *The Existence of God, A reader edited and with an introduction by John Hick*, McMillan Publishing Co., New York 1964, pp. 48-70.

limitar el significado del término «perfección» al orden de la cualidad. Sin embargo, la «perfección» aludida a las pruebas anselmianas —y lo mismo podría decirse en el caso de SABUNDE— no es de un carácter exclusivamente cualificativo. Que ser es mejor que no ser resulta, al margen de todo juicio de valor sobre la prueba en sí, una verdad irrefutable: la que otorga al ser existente un elemento más de signo ontológicamente positivo, del cual carecen lo meramente posible y lo absurdo.

Volviendo al primer enunciado, SABUNDE propone una justificación de lo que sin duda es piedra angular del argumento: la coincidencia entre el concepto máximo que el hombre puede forjarse, y Dios. Toda prueba ontológica que pase por alto ese trámite, ha de quedar por fuerza mutilada en su última validez. Mas para establecer la identidad en cuestión, SABUNDE pone en juego otros dos conceptos que, aun estando inspirados en la doctrina revelada, pueden con derecho ser mirados como producto de la reflexión natural. Son los conceptos de «creador» y «criatura», susceptibles de analizarse por la mera operación del pensamiento, y, por lo tanto, origen de proposiciones extraídas *a priori*, al margen de la realidad observable. Así, lo que sigue debe en rigor interpretarse como el resultado de un proceso mental estrictamente analítico, aplicado no sólo al hombre y a su Dios, sino a las *ideas* de «criatura» y «creador».

El texto utilizado para la traducción está tomado de la edición Sulzbach de 1852. También se ofrece aquí su versión original.

TEOLOGIA NATURAL
O
LIBRO DE LAS CRIATURAS

TITULO LXIII

De cómo en esta diferencia entre el hombre y las otras cosas se funda una regla certísima para el hombre, que es fundamento firmísimo para conocer sin dificultad todo lo que se refiera a Dios necesariamente.

El hombre posee intelecto y voluntad, lo que le hace un ser superior a las bestias y a las demás realidades inferiores; consideremos, a fin de establecer con mayor claridad esta diferencia, que el hombre puede hacer más mediante su entendimiento y voluntad, que los animales y todas las otras cosas. Haciendo uso de su entendimiento, el hombre puede comprender las palabras, las sentencias y las frases, y puede percibir el significado de lo que dice. Por el contrario, los otros animales no logran hacerlo, y han de limitarse a oír el sonido de los vocablos, sin alcanzar a comprender su significado. El hombre oye y entiende y recuerda el significado de las palabras y de las sentencias. Y en esto consiste, primeramente, el entendimiento humano, por el cual el hombre se separa en grado máximo de las bestias, y se eleva por encima de ellas. Ésta es, pues, la primera operación del entendimiento. De la segunda operación ya hablaremos bajo el Título LXV, y consiste en un cierto abrirse a todas las demás cosas. Esto es de suma importancia, y constituye una excelsa dignidad. Pero el hombre no se da cuenta de por qué hacer esto sea un síntoma de grandeza; más aún, le parece que la cosa no es nada. Y ello es así porque no se compara con las bestias, incapaces de realizar esa función. Así, pues, si el hombre quiere ver claro hasta qué punto son excelsas y de gran dignidad las cosas que él tiene, compárese con los animales inferiores que carecen de ellas. Y este es todo el secreto y la clave para que el hombre se conozca a sí mismo. Y si el hombre no hace esto, nunca se conocerá ni estará satisfecho con Dios. Pero si lo tiene en cuenta y se conoce a sí mismo más y de una manera habitual, también verá por experiencia cuán grandes son los dones que recibió y que lo diferencian de las bestias; y se alegrará y dejará de lado todo lo demás, y estará siempre contento con su Creador. Sea éste, pues, un precepto para todos los hombres. Pues al hombre se le hizo superior a los demás animales por su capacidad de entender y percibir el significado de las sentencias. Y no sólo esto, sino que también puede elevarse de una sentencia a otra, de un pensamiento a otro, y de lo menor a lo mayor. Puede el hombre comprender que es una gran potestad producir algo a partir de otra cosa, pero que es potestad mucho mayor crear algo de la nada: esa es la potestad máxima. El hombre puede reflexionar, discutir, pasar de una cosa a otra, lo cual no pueden hacer los demás animales. Todo lo que el hombre posee de dignidad y de potestad lo recibió y le fue dado por su Creador, el cual dio el existir a todas las cosas de primer grado, sin darles la vida; a las realidades de segundo grado les dio la existencia y la vida, pero no los sentidos; y a las realidades de tercer grado les dio la existencia, la vida y los sentidos, pero no les dio entendimiento; al hombre, sin embargo, le dio la existencia, la vida, los sentidos, y a eso añadió el entendimiento, la voluntad, el pensamiento y todo aquello que hace de él un ser superior a los demás animales. Y como la criatura no puede ascender por encima de su creador, es imposible que (el hombre), haciendo uso de su entendimiento, ascienda por encima de Dios, el cual creó el ser y, más aún, creó al hombre mismo y le dio todas estas cosas. Por lo tanto, es imposible que

el inteliqir, el pensar y el desear del hombre lleguen a algo mayor y más alto que Aquél que dio al hombre estos poderes. De ello se sigue que el hombre no pueda inteliqir, ni pensar, ni desear algo que sea mayor ni mejor de lo que lo es su Creador. En caso contrario, el hombre sería mayor pensando, que su Creador existiendo; y ocurriría que habría en la criatura algo mayor que en su Creador, pues existiría en el pensamiento del ser creado algo más excelso que el Creador mismo, lo cual es sobremanera absurdo. Es contra naturaleza que el Creador atribuya a su criatura algo mayor de lo que él es, o que le permita pensar o desear algo que sea superior a sí mismo.

El pensar, el desear y el querer del hombre pueden crecer *in infinitum*, al modo de los números, los cuales no tienen término ni fin; y habiendo entendido y pensado algo finito, entendiendo y pensando puede el hombre ascender y desear algo que sea mayor y mejor. Y como este poder le es dado al hombre en virtud de su entendimiento y de su voluntad, y no le ha sido dado a las demás cosas, de ello se sigue que Aquél que dio al hombre esta potestad ha de ser infinito y sin medida. Basándonos en esta diferencia, que distingue al hombre de las otras cosas y que radica en su inteliqir, pensar y desear, extraemos una regla infalible sobre Dios, que es el fundamento y la raíz para probar con absoluta certeza, y sin esfuerzo, todo lo que se refiere a Dios. Este modo de conocer le es muy accesible al hombre, ya que consiste en probar, a partir de su propio pensamiento y de su propia capacidad de inteliqir, todo lo que atañe a Dios; y no es necesario que el hombre busque fuera de sí otros modos para alcanzar ese conocimiento, ni que se sirva de otro testimonio que sí mismo.

La regla que radica en el hombre es ésta: que Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, o, lo que es lo mismo, que Dios es lo mayor que puede pensarse, y que es mejor ser que no ser. Por lo tanto, lo que el hombre pueda pensar como lo más perfecto, lo óptimo, lo más noble y lo más alto, eso es Dios. Y todas aquellas cosas que el hombre pueda concebir como mejores, más nobles, etc., han de atribuirse a Dios. En esta regla se funda, con suma certeza, toda ciencia y conocimiento de Dios.

TITULO LXIV

Se sigue el modo y práctica de esta regla para probar mediante ella todo lo que a Dios se refiere.

Como esta regla se extiende a todas las cosas que se dicen de Dios, y se origina en nosotros mismos, esto es, en la naturaleza del hombre, es útil y deseable ver cómo funciona, y fundarlo todo en el hombre. Decíamos que es mejor ser que no ser, y que, por consiguiente, el ser debe atribuirse a Dios y predicarse de Él. Y que, por lo tanto, no puede concebirse a Dios como algo que no existe. Y como es mayor una existencia no recibida ni producida de la no existencia —lo cual podemos

concebir—, que una existencia recibida y producida de la no existencia, hemos de sacar la conclusión de que la existencia de Dios no es ni recibida ni producida del no ser. Y como es mayor que Dios sea su propia existencia que no lo sea, es necesario que Dios se identifique con su propia existencia. Y podemos concebir que esto es mayor que lo primero. Del mismo modo, como es mayor ser eterno y sin principio ni fin, que no eterno, es necesario que Dios sea eterno.

Podemos concebir una existencia que tenga principio y fin, y otra existencia que tenga principio y no tenga fin. Y nos damos cuenta de que esto último es mayor que lo primero. Y también podemos concebir una existencia que carezca de principio y de fin, siendo esto lo máximo, ya que no podemos concebir algo que sea más grande. Pues bien, a Dios le corresponde necesariamente una existencia tal; de modo que Dios es infinito y tiene una existencia infinita, ya que Él es lo mayor que puede pensarse, y habida cuenta de existir es mejor que no existir. De ello se sigue que Dios es el ser sumo, el único que existe por sí mismo y que hizo todas las cosas a partir de la nada. Pues si no fuera así, ya no sería el ser mayor que puede pensarse. Lo cual sería absurdísimo, ya que podemos pensarlo como el ser mayor que el cual nada puede pensarse. De donde se sigue que Dios es todo existencia y que es justo, veraz, bienaventurado, viviente e inteligente. Porque mejor es ser bueno que no bueno, y justo que no justo, y veraz que no veraz, y bienaventurado que no bienaventurado, y viviente que no viviente e inteligente. Y como es mejor y mayor ser la bondad misma que ser bueno, y ser la justicia que ser justo, y ser la vida que ser viviente, y ser la sabiduría que ser sabio, y ser la misma verdad que ser verdadero, y así con todo lo demás, se sigue necesariamente que Dios ha de ser la misma bondad, la misma justicia, la misma sabiduría, la misma vida, la misma verdad. Y más aún: como es mejor ser indivisible que ser divisible —ya que lo divisible puede disolverse, destruirse y aniquilarse fácilmente—, y es mejor ser simple que compuesto, es necesario que Dios tenga un ser indivisible, simple en grado sumo, sumamente uno. Por eso es también la unidad y la simplicidad mismas, sin tener nada compuesto, porque lo compuesto está hecho de partes que pueden separarse, lo que hace que también pueda aniquilarse. Así, la bondad, la sabiduría, la vida, la verdad y otras cosas semejantes no son partes de Dios, sino que forman una sola unidad.

Dios no tiene partes, pues lo que está hecho de partes no es verdaderamente uno, sino que en cierto modo es mucho. Todo lo divisible puede disolverse, o en la realidad, o mentalmente. Pero eso le es ajeno a Dios, ya que nada mejor que Él puede pensarse.

De igual manera, es mayor aquello que no se ve limitado ni por el espacio ni por el tiempo. Y como no hay ni puede pensarse nada mayor que Dios, de ello se sigue que Dios no puede estar limitado ni por el espacio ni por el tiempo, ni puede pensarse que resida en un lugar determinado. Ciertamente puedo pensar en algo que sólo esté en un lugar a un tiempo; pero también puedo pensar algo que esté en muchos y

diversos lugares a un mismo tiempo, lo cual es mayor. Y es mayor aún pensar en algo que estuviere a la vez en todos los lugares, sin estar particularmente en ninguno. Como esto es lo más grande, y puedo pensarlo y comprenderlo así, Dios ha de estar a un mismo tiempo y de una vez por todas en todos los lugares, sin estar en ninguno en particular. De la mencionada regla también se deduce que Dios puede hacer muchas cosas que el hombre no pueda comprender; de no ser ello así, tampoco sería entonces aquello mayor que lo cual nada puede pensarse.

Y en virtud de la misma regla, puede el hombre atribuir a Dios, con certeza y sin ninguna duda, infinitas propiedades y dignidades que le procurarán gran consuelo y alegría, a saber: que Dios es bueno, y que nada puede pensarse mejor que Él; que Dios es benigno, santo, apacible, justo, poderoso, etcétera, en el máximo grado que pueda concebirse. Y lo mismo habremos de decir en lo referente a su sabiduría, fortaleza, amor, alegría, generosidad, santidad, gloria, honor, retribución y demás. De ahí podremos también deducir aquellas cosas que no convienen a Dios y que Dios odia: la mentira, el vicio de la soberbia y de la lujuria, el dolor, el fraude, y otras cosas similares, las cuales son odiadas por Dios en un grado mayor que el cual no puede pensarse. De igual modo, Dios ama la caridad, la pureza, la humildad, la obediencia, el temor, la modestia y otras cosas similares, en un grado mayor que el cual no puede pensarse. Si a todo esto añades otros dos adjetivos que le convienen a Dios, a saber, el ser eterno e infinito, hallarás gran consuelo; pues podrás entonces decir que Dios es la bondad eterna e infinita piedad, etcétera. Y prosiguiendo del mismo modo con sus demás atributos, obtendrás un gran conocimiento de Dios, y consuelo.

THEOLOGIA NATURALIS
SEU
LIBER CREATURARUM

TITULUS LXIII

Quod in ista differentia hominis ad alias res fundatur una regula homini certissima, quae est fundamentum firmissimum ad cognoscendum sine difficultate omnia necessaria de Deo.

Quoniam autem homo habet super animalia bruta et alias res inferiores intellectum et voluntatem, considerandum quid et quantum potest homo plus per suum intellectum et suam voluntatem, quam animalia nec aliae

res possunt, ut clarior differentia cognoscatur; unde homo per intellectum potest intelligere verba, sermones, et sententias, et percipit significata dictionum et sermonum, et hoc non faciunt alia animalia; quia solum audiunt sonum verborum, sed significationem et sententias non possunt intelligere; sed homo audit et intelligit, et revolvit significationem verborum et sermonum: et hoc est primum intelligere hominis; et per hoc maxime separatur ab animalibus, et ascendit super illa, ita quod ista est prima operatio intellectus. De secunda autem operatione intellectus dicitur infra Tit. LXV. et est quaedam porta ad omnia alia, et hoc est maximum, et dignitas magna, sed homini non videtur, per quod posse hoc facere sit magnum, immo apparet sibi quod nihil sit; et causa est, quia non comparat seipsum per differentiam ad animalia, quae non possunt hoc facere. Ideo si homo vult clare videre, si illa quae habet sint magna et magnae dignitatis; comparet seipsum ad inferiora animalia bruta, quae non habent hoc. Et hoc est totum secretum et clavis totius cognitionis de seipso, et nisi faciat hoc, nunquam cognoscet seipsum, nec contentabitur de Deo: et si hoc facit, et continue magis cognoscit seipsum, et per experientiam videbit, quam magna sunt illa, quae accepit ultra animalia, et gaudebit et relinquet extra se omnia alia, et erit semper contentus de suo Creatore, et hoc sit praeceptum omnibus hominibus. Nam homo factus est magnus super alia animalia, quia accepit, quod potest intelligere, et percipere sententias et significationes, et non solum hoc, sed potest ascendere de una sententia ad aliam, et de una cogitatione ad aliam, et de minore ad majorem; quia potest intelligere, quod est magna potestas facere de aliquo aliquid: et est major facere de nihilo aliquid imo est maxima potestas, imo hoc potest homo revolvere intra se, ac discutere ac etiam discurrere de una ad aliam, quod facere non possunt alia animalia; et quia quicquid homo habet dignitatis et potestatis, totum accepit et totum sibi datum est a suo creatore, et ille idem qui dedit esse solum et non vivere rebus primi gradus, et esse, vivere et non sentire rebus secundi gradus, et esse vivere, sentire et non intelligere rebus tertii gradus; ille inquam, dedit homini esse, vivere, sentire, et superaddit intelligere, et velle, et cogitare, et quicquid homo potest ultra animalia. Et quia creatura non potest ascendere supra suum creatorem ideo impossibile est, per suum intelligere et cogitare ascendet supra Deum, qui creavit esse, et etiam qui eum creavit, et dedit ei omnia ista. Ergo impossibile est, quod intelligere, cogitare et desiderare ipsius hominis possit esse majus et altius quam ille, qui dedit ista homini. Sequitur ergo, quod homo non potest intelligere neque cogitare in corde suo, neque desiderare quod majus est et melius suo conditore.

Aliter homo esset major cogitando, quam suus conditor existendo, et esset aliquid majus in creatura quam in creatore, quum ipsa cogitatio sic existens in corde creaturae esset aliquid majus suo creatore, quia quod cogitatur, est in corde, et hoc est absurdum valde. Quomodo enim creator tribuisset hoc suae creaturae, ut creatura, majus quam ipse sit, posset cogitare vel desiderare majus vel melius ipso, hoc natura non sustinet; et quia intelligere et cogitare, desiderare et velle hominis potest crescere in infinitum

ad modum numerorum, qui non habent terminum neque finem: quia intellecto et cogitato quolibet et quocumque finito adhuc potest ascendere cogitando et intelligendo et cogitare et desiderare majus et melius. Ergo postquam ista potestas data est homini per suum intelligere et velle, et non aliis rebus, sequitur, quod ille qui dedit homini hanc potestatem, est infinitus et sine mensura. Ex ista differentia hominis et alias res per potestatem intelligendi et cogitandi et desiderandi, extrahitur una regula infallibilis de Deo, quae est fundamentum et radix ad probandum et cognoscendum certissime et sine labore omnia de Deo. Et iste modus cognoscendi est propinquissimus homini, quia ex propria cogitatione et ex proprio intelligere potest probare omnia de Deo, nec oportet, quod quaerat alia exempla extra se, nec aliquod testimonium quam seipsum.

Regula autem, quae radicatur in homine, est ista: quod Deus est quo nihil majus cogitari potest, vel Deus est quicquid melius cogitari potest, et quicquid melius est esse quam non esse. Quicquid ergo potest homo cogitare, perfectissimum, optimum, dignissimum, nobilissimum et altissimum hoc est Deus. Quaecumque ergo potest homo cogitare meliora, nobiliora, etc., illa potest Deo attribuere. Et in ista regula fundatur tota scientia et cognitio de Deo certissime.

TITULUS LXIV

Sequitur modus et practica istius regulae, et probandum per ipsam omnia de Deo.

Et quia ista regula se extendit ad omnia, quae de Deo dicuntur, et oritur ex nobis et natura hominis, ideo utile et desiderabile est videre practicam ejusdem, et fundare omnia in homine. Quoniam autem melius est esse quam non esse, ideo esse attribuitur Deo, et dicitur de Deo, et ideo Deus non potest cogitari non esse. Et quia majus est esse non acceptum, nec productum de non esse, quam esse acceptum et productum de non esse, et hoc potest cogitari; ideo esse Dei non est acceptum nec productum de non esse. Et quia majus est quod Deus est suum esse, quam si non esse, ideo necessario Deus est suum esse postquam hoc potest cogitari, quod hoc est majus. Similiter quia majus est esse aeternum sine principio et sine fine, quam non aeternum; ideo necessario Dei esse est aeternum. Unde possum cogitare esse, quod habet principium et finem, et esse, quod habet principium et non finem, et hoc est majus quam primum; et possum cogitare esse, quod caret principio et fine, et hoc est maximum, quia non possum cogitare esse, quod caret principio et fine, et hoc est maximum, quia non possum cogitare majus nec plus: ideo Deus necessario est tale esse esse, et sic est infinitus, et habet esse infinitum; quia Deus est majus quod cogitari potest, et quo nihil potest cogitari majus, et quicquid melius est esse, quam non esse. Item sequitur quod Deus est summum esse omnium quod solum existens per seipsum, omnia alia fecit ex nibilo, quia si non habeat hoc, iam non

esset majus quod cogitari possit, quia hoc cogitari posset, quod esset absurdissimum. Item sequitur, quod Deus est omne esse, ergo est justus, verax, beatus, vivens, intelligens, quia melius est esse bonum, quam non bonum, et justum, quam non justum, et veracem, quam non veracem, et beatum quam non beatum, et viventem, quam non viventem ac intelligentem. Et quia majus et melius est esse ipsam bonitatem, quam bonum, et justitiam, quam justum, et vitam, quam viventem, et sapientiam, quam sapientem, et ipsam veritatem, quam verum; et sic de omnibus aliis: ideo necessario ipse Deus est ipsa bonitas, ipsa justitia, ipsa sapientia, ipsa vita, ipsa veritas. Ulterius quia melius est esse indivisibilem, quam divisibilem, quia divisibile potest faciliter dissolvi, et sic potest destrui et annihilari, et simplicem, quam compositum; ideo Deus necessario habet esse indivisibile, summe simplex, summe unum; ideo est ipsa unitas et ipsa simplicitas, nihil habens compositum, quia compositus stat ex partibus, quae possunt separari, et sic compositum potest annihilari. Ideo bonitas, sapientia, vita, veritas, et similia non sunt partes, sed sunt unum, et quodlibet est totum quod Deus, et quoniam Deus non habet partes, quoniam quicquid est ex partibus junctum, hoc non est vere et omnino unum, sed quoddammodo plura, quia omne divisum a seipso dissolvi potest actu vel intellectu, quae omnia aliena sunt a Deo, quia nihil melius excogitari potest eo.

Item omne quod nullo loco clauditur ac tempore, majus est, quam illud, quod loco clauditur et tempore; quoniam autem nihil majus est Deo nec cogitari potest majus Deo; ergo sequitur, quod Deus neque loco neque tempore claudi potest, nec potest cogi esse in aliquo loco. Item possum cogitare, quod una res sit semel et simul in uno loco solum, sed majus esset, si simul et semel in diversis et pluribus locis esset, et adhuc majus esset, si tota simul et semel in omnibus locis esset et extra omnem locum. Ergo quia hoc est majus, et ego possum cogitare et intelligere, quod hoc est majus; ergo Deus est simul et semel in omnibus locis esset et extra omnem locum.

Item sequitur ex dicta regula, quod Deus plura potest facere, quae nullus homo potest intelligere, et ego possum cogitare, quod Deus multa potest facere, quae homo non potest intelligere, quia si hoc non esset, tunc non esset majus quam illud, quod homo potest intelligere.

Et per ipsam regulam homo potest certitudinaliter attribueri Deo sine dubitatione infinitas proprietates et dignitates, per quas habebit magnam consolationem et gaudium: et, hoc per istum modum dicendi: Deus est ita bonus, quod non potest cogitari melior; Deus est ita benignus, pius, mansuetus, justus, potens, etc. quod non potest cogitari ultra. Et conformiter dicemus de scientia, fortitudine, amore, gaudio, beatitudine, communicatione, gloria, honore, retributione, et sic de aliis. Et inde poteris addere, quae Deo non conveniunt, scilicet odium, ut Deus odit mendacium, vitium superbiae, luxuriae, dolum, fraudem, et sic de aliis, in tantum, ut non possit majus cogitari: similiter Deus diligit charitatem, munditiam, humilitatem, obedientiam, timorem, verecundiam, et similia, in tantum, ut non possit majus cogitari. Si autem addas cuilibet istorum

LA PRUEBA ONTOLOGICA DE RAMON SABUNDE

*duo adjectiva, scilicet aeternum et infinitum, multum consolaberis; ut sic dicas, Deus est aeterna et infinita bonitas, infinita pietas, et sic de aliis. Et sic isto modo multiplicando habebis magnam notitiam de Deo et consolationem.**



* *Faksimile-Neudruck der Ausgabe Sulzbach 1852. Stuttgart-Bad Cannstatt 1966. Friedrich Frommann Verlag (Günther Holzboog).*